



# CINCUENTA AÑOS de CONVERSACIÓN

Por ANTONIO MANUEL CAMPOY

No se ía posible hacer la historia viva de la literatura española contemporánea, sin bucear en esa híbrida taza de café, amortajada con puntas de cigarros y ceniza, que sirvió y sirve de pretexto a nuestros escritores para sentar sus sabrosas cátedras. El café, especie de Academia nihilista, a la que Jovellanos llamó *Casa de conversación*, es a la vida literaria madrileña, lo que el agua es a la energía eléctrica: se generan y brillan en el café cuantos motivos nos sirven después los editores con aureola de hechos en retiro. En los cafés de Madrid han dicho lo mejor de sus voces la mayoría de los plumíferos españoles de los últimos tiempos. Y tan es así, que uno se pregunta, bastante perplejo, qué harían los escritores de aquellas edades que desconocieron el café sólo o con leche, y para los que la tertulia cafeteril fué algo tan ignorado como la luz de gas. Pero ya lo hemos dicho: el café, con todo lo que pueda ganar o perder, comparado a su abuela, la de los jardines y el aire libre, es descendiente directo de la dorada Academia, y las tertulias que ayer y hoy llenaron de calor y de humo ese *Parnasio* degenerado que es el café. Y es que no en balde la tertulia literaria se alumbraba en las *peñas*, y aquí *peña* significa *islote*: isla donde el escritor que habla o escucha se fabrica sus mundos especiales, y en la que es Robinsón de aquello que se le antoja.

Ahora, como en una película pasada rápidamente, veremos en qué lugares han venido deshojando los escritores madrileños la margarita inalficible de sus cincuenta últimos años de conversación. Muchos de los cafés que aquí aparecerán, ya son fenecidos, aventados por la mano de Dios, sabe a qué vientos. Otros están ahí, invitándonos a la charla, desde sus divanes, deteriorados o flamantes. Veámoslos.

**1900** El siglo XX se entró en los cafés madrileños para conceder la palabra a los todavía jóvenes escritores que después constituirían la generación del 98. Pero tomar la palabra en aquel ambiente de posos decimonónicos no era cosa fácil. Aún estaban en su apogeo las tertulias consagradas de los viejos, y en reuniones como en la de la Pardo Bazán, por ejemplo, no estaban dispuestos a dar la alternativa tertuliana a los provincianos, que se reunían en el Levante o en el Lisboa. (Café, éste último, al que don Marcelino Menéndez y Pelayo iba a escribir y a tomar copas de aguardiente, y en donde el caricaturista *Bon* tuvo la alegría de ser abofeteado por el insigne polígrafo.)

El año noventa y tantos se despidió Rubén de los cafés madrileños, mientras Ganivet y Unamuno se reunían en el Levante para hablar de oposiciones y de las «plagas pestilentes de cotarros y cofradías», que eran aquellas tertulias literarias. Y fué también, por aquellas fechas, cuando Manuel Bueno dió un palo en el brazo a Valle Inclán y lo dejó manco, en cierta tertulia del café La Montaña. Pero habían de ser las mismas circunstancias que definirían a los escritores del 98 las que formarían las *peñas* literarias del 900. En el café Levante, uno de los más ilustres de aquellos diez o doce que había en la Puerta del Sol y sus alrededores, con Corvino a la orquesta y el suizo Paul Schmidt haciendo la apología de Nietzsche, fueron creciendo las tertulias de la famosa «generación», junto a la taza del jovial Cornuty y bajo las miradas serenas de Letamendi y Cajal. Mas no eran ellos gente gregaria, y al igual que en literatura rompieron con lo establecido, en el café cada cual campó por sus respetos. Unos se fueron al Gato Negro, con Benavente y Maeztu; otros buscaron las reuniones «sociales» del Suizo; casi todos se dejaron ver por las *peñillas* ambiciosas del Congreso, y otros llegaron junto a la Vicaría del Universal, donde tenía su *peña* los canarios (Tomás Morales, Roca, etc.), presidida por don Benito Pérez Galdós, contertulio contumaz que nunca despegaba el pico. Y por entonces fué el renacimiento de los literatos a las *peñas* taurinas, como aquella del Colonial, a la que iba Vicente Pastor. Fornos, sin embargo, no era lugar de tertulias literarias y sí puerto de arribo de señoritos calaveras, mujeres callejeras, sablistas y disipados: mentidero madrileño de aquellos días que aún estaban dolidos del desastre. Sería interminable hacer la

cita de los contertulios madrileños más destacados del 900, y ni siquiera de los cafés puede trazarse la anécdota curiosa. Baste repetir que todo el que mojaba la pluma en el tintero literario iba al café, iba a discutir, a oír genialidades... Política, toros, literatura, la crítica más varia, en fin, servida con café auténtico, eran el aliciente de aquel Madrid del 900, que recordaba al perro Paco, y en el que los escritores del 98 — todos sin excepción — tertulaban hasta que pintaba el día, soñando personalidades en la literatura y en la política. El San Bernardo, el Varela, Pombo, el Reina Victoria, La Montaña, el Oriente... y tantos y tantos otros cafés, son como una antología literaria y anárquica, a cuyas doradas horas dedicó Francisco Villaespesa muchas estrofas de nostalgia...

*¡Oh, las tertulias de café,  
de café de Madrid con tostada  
a la una de la madrugada  
en Fornos, en Levante o en la Maison Doré...!*

**1925** Al cabo de veinticinco años de parecida conversación, lejos de haberse cansado, Madrid tenía mayor efervescencia tertuliana que antes. La Cacharrería del Ateneo está igual que en el 900, varió sólo el color de las barbas. Algunas bajas, como la de Echegaray, el viejo, etcétera, y muchas altas: jóvenes que pintaban muy poco, porque fué el caso que los del 98 se encontraron entonces en todo su apogeo. Por este tiempo se inaugura la Granja el Henar, una lechería transformada en café, a la que empezaron a acudir Ortega y Gasset, Zulueta y todos los del grupo aquel de la Institución Libre de Enseñanza. Gentes abstemias, que bebían sólo leche, y a las que don Ramiro de Maeztu pronosticó la creación de una ciencia pasteurizada. Más tarde fueron a la Granja, Azaña y Valle Inclán, y este último estableció en ella sus cuarteles de invierno, entre aprendices de literato, ateneístas, políticos y jóvenes profesorales. Fué, entonces, la edad áurea del Pombo ramoniano, que pintó Solana, cuando la supuesta visita de *Gog* y el trasplante de los monstruos, que pululaban por el café Varela. También estaba de moda la cripta del Mesón del Segoviano, cuyos frescos hizo el célebre borracho Alguacil. Y empezaron el Cristina y el Castilla, a los que tanto iría Carrere. Los Machado se reunían en el Español, mientras que en la *peña* matinal del Lion d'Or se daban cita Díez Canedo, Ledesma Miranda y muchos otros. Juan Ramón Jiménez recibía en su casa y Federico García Lorca se iba con los hermanos Halffter, Salazar y Mantecón al primer café que se encontraban. La *peña* de Cansinos — astrosos y vanguardistas de madrugada les decía Valle Inclán — estaba en el Colonial, del que a Cansinos decían la Magdalena, por los gemidos que ya lanzaba, y al Oro del Rhin iban los ultraístas, de los que el genial Ibarra es superviviente. Por aquel tiempo, Eugenio Montes andaba de oposiciones y César González Ruano tomaba apuntes para sus futuras memorias.

**1950** Y ahora, con cincuenta años de tertulia a cuestas, los escritores madrileños siguen reuniéndose

en los cafés. Estos cafés de hoy, que son los mismos de ayer, con residuos de tertulias de antes de la guerra y otras, que se han formado después. Gentes del Castilla, del Cristina y del Ateneo — cuya Cacharrería está hecha añicos — que se abrigan al calor del León de Oro o del Gijón. (El Levante, el Universal y otros, ahora son guarida de tratantes a la caza.) Mourlane Michelena, Eugenio Montes, Alfaro y otros supervivientes de la Ballena Alegre — la tertulia de José Antonio — se van al Lion d'Or, donde hasta hace poco tiempo se reunían el maestro D'Ors, José María de Cossío y un puñado de arquitectos. A este Lion van también Ledesma Miranda, Astrana Marín, Mantecón, Domínguez, Villacián y quince o veinte escritores más. Un grupo de «selectos» se reúne en el Caserón del Sacramento, al amparo del Ángel dorsiano; allí pontifica don Eugenio para varias docenas de literatos y artistas cosmopolitas, y para algunas marquesas que le resta a Ortega. Este último sigue con su tertulia de la revista de *Occidente*. Sanz y Díaz, Trenas, Muelas, Muntañola y varios más han pretendido resucitar los muertos sábados de Pombo, sin conseguirlo. Pombo ya es desaparecido, tras tres siglos de tertulias más o menos «ísmicas», y el melenudo Cristobalillo dijo sus exequias en versos plusultraístas. Ernesto Giménez Caballero levanta polvo en el viejo Levante, y en Chicote charlan Anguita, Leandro Navarro, Marquerie, Peñán y algunos otros de la «crema», que canta el schotis de Ultramar. Murió don Tirso Escudero y don Jacinto Benavente dejó de ir al Gato Negro. Los escritores del 98 no salen de sus casas, y como la juventud es menos iconoclasta de lo que se dice, va hasta ellos y para ellos quema su mirra mejor. Hay tertulias en el Círculo de Bellas Artes (Tomás Borrás y otros); en Mansard (los del Nadal); en Varela (Casariego, C. Baroja, Cossío, Menéndez, Eduardo Alonso, etc.); en el Comercial (Sánchez Mazas, Ruano, etcétera); en la Concha (Vivanco, Gerardo Diego, Rosales...); en La Elipa (donde Jardiel Poncela hace planos misteriosos); en el Cocodrilo, en Chókala, en Marfil, en Riesgo, en el Barbieri, en el San Bernardo... En todos los cafés de Madrid sigue habiendo tertulias literarias, como la Cibeles sigue estando frente a la calle de Alcalá. Y en el café Gijón, en el tan aireado café Gijón, se reúnen casi todos los literatos que viven en Madrid o pasan por este meridiano literario. En este café sigue reuniéndose la que a sí misma se tituló un día *Juventud Creadora*, pensando que no sólo los del 98 habían de tener un distintivo — claro que a los del 98 se les distinguió más tarde. Allí están Camilo José Cela, Zanzunegui, García Nieto, García Luengo, Azcoaga, Garcés, Gaos, Ruiz Iriarte, Altabella... (y no hay medio de seguir citando, porque harían falta varias docenas de cuartillas). Siguen allí reuniéndose los «creadores» todas las tardes, con sus plenos en sábados y sus frecuentes homenajes a alguno de los del grupo. Ya no tienen la revista *Garcilaso*, pero harán otra, no cabe duda.

Y esta ha sido la película rápida de las tertulias de estos cincuenta últimos años. No están en lo cierto los que creen que hoy no se reúnen los escritores, como se reunieron ayer, para tomar café y sofistear. El hecho de que Vicente Aleixandre, Ortega, D'Ors, Marañón y otros cuantos reciban en sus casas, no quiere decir nada. También ayer recibieron en las suyas muchos escritores. Hoy está Madrid con especial efervescencia cafeteril, y quien crea lo contrario, que se pase por sus cafés a cualquier hora, desde las diez de la mañana a las tres o las cuatro de la madrugada y verá a los de la pluma y la palabra incansable, sentados en el diván como galeotes amarrados a sabe Dios qué bancos. Hoy, en Madrid, se tertuliea en los cafés tanto o más que ayer se *tertuliaba*, se recita en los cafés más que ayer se recitó, y también, como ayer sus antepasados, saben los escritores de hoy que organizarse una familia en el café no es ninguna tontería, y se la organizan. De todo da y de todo tiene esa Academia sin frac ni sillones de número que es la tertulia literaria del café madrileño, hoy ya sin tostada, pero con tantos críticos y estrategias de terrón de azúcar como pudo tener aquel Madrid del 900 que ya dista medio siglo de nosotros.